

En definitiva, nos encontramos ante una obra colectiva que aborda un tema complejo desde variadas perspectivas, unas más conceptuales, otras más apoyadas en el análisis de casos. La cuidada bibliografía que sigue a cada uno de los capítulos constituye sin duda una de las aportaciones de *Extranjeros, naturales y fronteras en la América ibérica y Europa*.

ANA ZABALZA SEGUÍN
Profesora Titular de Historia Moderna
Universidad de Navarra

POMARA SAVERINO, Bruno: *Rifugiati. I moriscos e l'Italia*. Firenze University Press, 2017.

El tema morisco ha sido un campo abierto al debate entre historiadores de distinta procedencia desde, al menos, mediados del siglo XIX. La conmemoración de su expulsión en 2009 significó su revitalización, con una explosión de nuevas cuestiones y enfoques que han ambicionado comprender mejor este proceso histórico, sin olvidar su evidente naturaleza trágica. En su nueva publicación, *Rifugiati. I moriscos e l'Italia* premio Istituto Sangalli 2016 y publicado por Firenze University Press en 2017– Bruno Pomara Saverino toma el pulso a la *moriscología* y propone y desarrolla una nueva línea de investigación, la de la emigración y asentamiento de la minoría en la península italiana, territorio íntimamente ligado a los dos protagonistas de este evento, España y la Santa Sede.

Algunos historiadores ya habían señalado a Italia como destino de los moriscos, pero Pomara discute y supera la consideración de ser exclusivamente una “tierra de paso”, aún cuando para muchos fue efectivamente una plataforma desde la cual continuar su viaje hacia el norte de África o al Imperio Otomano. A este perfil el autor suma otros dos: el de los esclavos que llegaron a la península por diversas vicisitudes; y el de aquellos emigrados que buscaron una mejor fortuna, bien por ser celosos cristianos o bien disimulando su fe musulmana. Allí, los moriscos se asentaron tanto en zonas rurales –atraídos por gobernantes sabedores de su pericia como agricultores– como en ciudades portuarias y grandes capitales, que prometían mayores oportunidades laborales y de movilidad; así como la posibilidad de mantener el contacto con sus familiares y amigos esparcidos a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea.

Para desarrollar su argumentario el autor ha optado por estructurar la obra en cinco capítulos. En el primero, relata los hitos fundamentales del problema morisco en España, desde su bautismo en masa a su expulsión, teniendo en mente que el libro puede dirigirse también a un público no experto en la materia. Explica además cómo desde los estados italianos se siguió de cerca todo el proceso de expulsión y emigración –con una mezcla de alerta y curiosidad– y se empezó a conocer mejor a la minoría, todo ello a través de las cartas y avisos de sus embajadores y cónsules en territorio ibérico. Las reacciones de sus soberanos ante los emigrados son analizadas en el siguiente capítulo: algunos optaron por impedir su ingreso o expulsarles mientras otros les permitieron continuar su camino a través de su territorio o, incluso, entrar e instalarse en él. Su actitud –señala el autor– estuvo condicionada en parte por cuestiones internas, y en parte ateniendo a los equilibrios de poder en la zona. Así, la posición contraria de la república de Génova a acoger en su territorio a los moriscos –por su alianza con la Monarquía Hispánica– contrasta con la de Venecia, mucho más receptiva dada su tendencia filo-francesa.

Tras diseccionar la problemática de los principales estados italianos donde la emigración morisca fue más importante, decide dedicar el tercer capítulo a los Estados Pontificios y, en concreto, a la ciudad de Roma, centro político y religioso de excepción para la catolicidad europea en la edad moderna. Pomara se adentra en el día a día de la comunidad de emigrados, y cuestiona a sus integrantes sobre sus prácticas religiosas, comerciales, sociales y familiares, entre otros asuntos. Los interrogantes que se plantean sobre la religiosidad morisca en la Ciudad Eterna son ampliados en el siguiente capítulo al conjunto de estados italianos sometidos a estudio en esta obra. En ocasiones, los moriscos se hicieron sospechosos frente a la Inquisición por la particularidad de sus prácticas religiosas, aspecto este siempre unido a la clásica duda sobre su identidad de cripto-musulmán. Finalmente, el autor deja espacio en el quinto y último capítulo a la cuestión de la esclavitud morisca, práctica abusiva ejercida fundamentalmente hacia adultos y menores en la Italia hispánica y en Toscana. Pomara se centra en la problemática político-institucional y sociocultural que nace al haber sido los moriscos bautizados y, por tanto, no poder ser víctima de esta práctica, al menos, de forma teórica.

Una abundante batería de fuentes de archivo –de instituciones y estados diversos– permite a Pomara sustentar toda su investigación. La documentación abarca tanto correspondencia diplomática de buena parte de los estados italianos, España, Francia y Túnez; como documentos cancillerescos, bandos, pragmáticas, discusiones, etc.; y eclesiásticos, procedentes tanto de la Inquisición como de las parroquias. La pluralidad de fuentes, y su naturaleza, le permite no sólo describir con precisión las pautas socioculturales de la comunidad morisca, sino también narrar casos particulares –entre otros, el de Catalina Barón de Bellús, el de Diego Ruiz Zapata o el de Juan Pérez– como ejemplos de una evidencia: que no existió un único problema morisco, sino que cada caso encierra su propia particularidad, y que cada sujeto histórico posee un protagonismo activo en su propio destino.

Durante toda la obra, Pomara trata de resolver una serie de cuestiones amplias que recorren los capítulos de manera transversal. Al inicio de *Rifugiati*, el autor plantea su intención de averiguar cuáles fueron las lógicas que subyacieron a las acciones de los moriscos refugiados; cuáles los obstáculos que encontraron en su camino –y las formas de superarlos–; cuáles las estrategias que emplearon para interactuar con la población local, con las autoridades civiles y eclesiásticas; y si su emigración causó un problema político o religioso en los lugares de acogida.

El título del volumen evoca y conecta un problema del pasado –el de los refugiados moriscos en Italia– con uno actual –el de los refugiados en Europa– de forma deliberada. El propio uso de la palabra *refugiados* para caracterizar a los moriscos es, también, totalmente intencionado: Pomara acepta la contemporaneidad que sugiere el término, pero no así su anacronismo por cuanto era utilizado en la época en contextos similares. Como sugiere el autor, los moriscos son refugiados que huyen de la represión y la discriminación en busca de protección en otro estado soberano.

En la diáspora, los refugiados hicieron uso de una tupida red de conexiones –a pequeña escala, preexistente antes del exilio y no exclusivamente compuesta de moriscos– que abarcaba toda la cuenca mediterránea. Pomara asume un significado más abierto del concepto *diáspora*, donde los sujetos no restringieron su actividad a un grupo mínimo reducido en el espacio, sino que pudieron extender, romper u olvidar esas limitaciones e incorporarse en un colectivo mucho más extenso que cualquier ámbito nacional. Este colectivo no limita, en absoluto, los intercambios con otros grupos, a escala local o amplia, sino que los sujetos que forman parte de él se contaminan, mutan, precisamente, a causa de infinidad de estímulos internos y externos. De este modo, el autor advierte el riesgo que los historiadores contraen al

utilizar el concepto de *identidad*, pues ello representa la negación de la transformación para un individuo o un grupo, siendo sinónimo de inmutabilidad.

Otro de los elementos sometidos por Pomara a debate es el binomio *inclusión-exclusión*, es decir, el de las relaciones de convivencia entre la población indígena –o natural– de un territorio, y los nuevos habitantes emigrados, en solitario o en grupo, sedentarios o no. Como sugiere el autor, los primeros contactos debieron estar caracterizados por una mezcla de miedo y curiosidad. Sin embargo, la historia de los moriscos en Italia no fue un problema de orden público y su presencia fue reducida, silenciosa. Apenas hay menciones sobre actividades ilícitas llevadas a cabo por miembros de la comunidad morisca, ni parece que existiera una psicosis colectiva como sí debió ocurrir en los reinos hispánicos de la península ibérica. Al contrario de lo que había pasado en los reinos de la Corona castellana y aragonesa, la presencia morisca en Italia no fue masiva y por ello no surgió contra ellos una retórica quintacolumnista. En la cotidianidad, la sospecha religiosa hacia los refugiados no estuvo muy extendida entre la población local.

El de *movilidad* es otro de los conceptos que el autor trata de explicar, íntimamente ligado con el de diáspora y el de identidad, y clave para entender ambas cuestiones. La migración de estos refugiados estuvo condicionada por factores de naturaleza exógena, que bien pudo impedirles entrar en un territorio o afectarles una vez asentados. Esta cuestión es también una fuente de problemas psicológicos, inseguridades, miedos e incertidumbres, elementos clave para Pomara a la hora de analizar la figura del morisco. “No hay un trauma colectivo, sino miles”, alega el historiador: cada individuo procesa de una forma distinta un mismo evento, una misma migración, y hay miles de experiencias de movilidad. Experiencias que se entrecruzan con el sistema sociocultural y político a todos los niveles y hacen que el carácter del sujeto varíe inevitablemente. Por otro lado, el morisco puede habitar también en esa movilidad, convirtiéndose en lo que la historiografía ha denominado como un *go-between*, figuras puente de cultura flexible que unen sociedades contrarias, al menos, en los discursos oficiales.

El libro *Rifugiati. I moriscos e l'Italia* introduce al lector en las historias de los moriscos que buscaron en la península italiana un nuevo lugar donde seguir viviendo. En su nuevo hogar, los refugiados se convirtieron en una minoría silenciosa, poco conflictiva, que terminó por diluirse entre la población natural, con cuyos habitantes forjaron relaciones familiares o de amistad. Las hibridaciones que nacieron de estos contactos permiten, en definitiva, desafiar las narrativas nacionales europeas y entender mejor nuestra propia actualidad.

ÁLVARO CASILLAS PÉREZ
Universidad de Alcalá de Henares

REY CASTELAO, O y COWEN, P. (eds.): *Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017.

“Durante la Edad Moderna, el individuo se desarrollaba en, por y para la familia” (p. 272). Esta cita de Antonio Irigoyen, traída a colación en uno de los textos que componen la obra colectiva que vamos a reseñar, condensa *grosso modo* y a nuestro modo de ver el espíritu de la misma; el hilo conductor que conecta la totalidad de aportaciones que la componen. La convergencia de distintos planos de análisis socioeconómico (individuo-familia, privado-público, macro-micro, urbano-rural, elites-clases populares...) en un marco espacial que se extiende